

Frío

Por Agustín Oso Tapia

El dolor trabaja concentrado sobre el rostro de mi mujer. Su párpado temblando, su quijada rígida como un gancho galvanizado, una lágrima crispada se desploma por su pómulo. El pedazo de diente, la infectada cavidad que le queda por muela, la está matando. Pongo la almohada sobre la cabecera y me recargo, tengo los ojos hinchados y arenosos, pestañas como lijas. Toda la noche sin dormir. Le pego el último trago a la botella de antiácido, pero no sirve de mucho, mi gastritis arde sin control. La boca de mi mujer se abre como buscando alivio, parece un pez fuera del agua. Tomo un par de tabletas analgésicas del frasco y se las paso. Ella las observa sin esperanza, luego dice algo que son palabras, pero que los sollozos y la hinchazón convierten en una cosa silbante que no puedo entender. Me pongo los pantalones y comienzo a buscar. Deshojo libros, reviso bolsillos, hurgo sobres amarillentos, exploro cacharros abollados, violento cajones, escurro la mirada bajo la alacena... Allí están, por fin, asomando apenas la nariz, conteniendo la respiración, ocultos, un par de billetes sucios, arrugados y hermosos. Afuera llueve y no alcanza para el taxi. Hay que caminar varias calles hasta la entrada del metro. El agua penetra la lona roja de mis tenis. El viento irrita más y más mis ojos cansados, la humedad es un clavo congelado perforando la mandíbula de mi mujer. Volutas de vapor luminoso salen de nuestras bocas y se elevan quebrándose sobre nosotros cuando pisamos el primer peldaño que nos conduce a las entrañas del asfalto.

Ya dentro de la estación nos reponemos un poco. Una corriente de aire viciado nos recibe como un cálido eructo. En el reloj de dígitos cambiantes pasan más de cincuenta segundos. Las puertas del vagón se abren frente a nosotros, otra lágrima rueda hasta el cuello de mi mujer. Ella se aferra a mi chamarra de

mezclilla, yo la abrazo, alguien nos empuja hacia el interior. Mi mano avanza rápida sobre el tubo de aluminio y mis ojos buscan ambiciosamente algún asiento vacío, toda la gente atropellándose en el pasillo tiene la misma idea. Terminamos de pie, tratando de mantener la vertical mientras el convoy arranca con violencia. Mi mujer se acurruca en mi pecho como perro apaleado, yo me quedo observando como si fuera la primera vez la sucesión de estaciones impresas a color en una larga tira de papel gastado. Nosotros vamos en dirección norte, once paradas más arriba. Un ciego se abre paso tanteando con un largo bastón y sacudiendo un vaso de plástico donde suenan algunas monedas. Me viene a la cabeza aquella cucaracha que luchaba contra esa corriente de agua que la arrastraba inexorable hacia una coladera. El chorro que salía no era muy fuerte, pero yo apreté el pulgar sobre la boquilla de la manguera para aumentar la presión. Sus alas empapadas se agitaban fulgurantes y sus patitas espinosas trataban desesperadas de asir la salvación. Lo último que vi fue su par de antenas reblandecidas, retorciéndose con obstinación mientras caían al torrente del resumidero. La punta del bastón del ciego repta por mi muslo y el vagón se detiene bruscamente, las monedas del vaso tintinean, nuestros cuerpos trastabillando. El zumbido de las puertas abriéndose pone a todos febriles. No sé cómo mi mujer atrapa un asiento. Se deja caer hecha un ovillo un segundo antes de que un anciano logre sentarse en el mismo lugar. En la mirada del viejo asoma una recriminación achacosa, su calva enrojece haciendo resaltar un cúmulo de lunares pardos. En su corbata corriente y pasada de moda se mecen las palmeras de una playa olvidada. Casi pierdo pisada cuando el convoy reinicia la marcha. Destellos rosados aparecen junto a la cabeza inclinada de mi mujer. Dos largas agujas de tejer se entrelazan obedeciendo sin titubeos a las obesas y hábiles manos de una señora canosa sentada a su lado. De los agudos cuerpos metálicos de las

agujas color de rosa cuelga la premonición de una bufanda. En el regazo de la imperturbable señora un bebé de meses mantiene una estabilidad inverosímil. El bebé llora abriendo su boquita con fruición, de sus blandas encías brotan lenta y silenciosamente los indicios de un par de dientes punzantes. Mi mujer no era la única con problemas dentales. Una saliva viscosa y cristalina se adhiere temblorosa al babero de lana del bebé. Su sombrero con borlas, sus zapatitos y su cobertor de colores también son tejidos, rotundos logros de la persistencia arácnida de su abuela. Sus bracitos ondulando, su tersa frente perlada de sudor, sus mejillas acaloradas, es un tierno insecto atrapado en el centro de una telaraña protectora. La señora canosa no da tregua a la bola de estambre y me veo claramente entrando a su casa. Admiro la intrincada urdimbre de las carpetitas que protegen la superficie de los muebles, el trinchador, la mesita de centro, las repisas y el televisor, camino por un pasillo tapizado de insospechados tejidos ornamentales, ya dentro del baño me maravillo al descubrir un rollo de papel higiénico elegantemente disimulado bajo la ampulosa falda de una muñeca quinceañera concebida a base de tres derechos y un revés. Cuando estoy a punto de enmudecer de asombro ante las servilletas en forma de mariposa y el mantel del aniversario de bodas representando la eterna unión de dos corazones el vagón se detiene bruscamente y el bebé lanza un quejido especialmente angustioso. Al parecer los taimados dienteitos de leche continúan abriéndose paso entre la carne esponjosa y los nervios suaves. Mi mujer tiene el rostro acurrucado entre sus rodillas, su cabello roza el piso mugriento. Las puertas ceden y la impredecible batalla por los asientos vuelve a escenificarse. Antes de que pueda moverme todos los lugares han sido tomados. Unos tacones de aguja arriban en el último momento y están a punto de clavarse en mis pies. La dueña de los tacones luce unas medias baratas con brillos tornasol que

embarran de manera conmovedora los gruesos vellos que pueblan sus delgadas piernas. Sobre el enorme bolso de charol amarillo de la recién llegada resbalan inestables gotitas de agua helada. Los quejidos del niño aumentan de intensidad, sus ojitos se anegan incapaces de concebir el sigiloso crecimiento que la fisiología opera en su interior. La joven tacones de aguja tiene un corazón en el pecho y se conmueve en el acto, retira el rocío de su bolso y lo abre para tomar algo del interior. El papel encendido de la envoltura del caramelo sabor fresa crepita abriéndose con delicia, el rojo vivo de la golosina combina exóticamente con el amarillo nacarado de sus largas uñas postizas. Con especial delicadeza la señorita tacones de aguja coloca el caramelo en la boca del bebé. La señora canosa suspende un momento su tarea para ensayar un gesto de agradecimiento, una milésima de segundo después la indefensa bola de estambre continúa convulsionándose bajo sus respetables senos. En el rostro del bebé aletea el desconcierto, sus labios transitan de un puchero patético a una sonrisa voluptuosa. Una empalagosa mueca de placer ensalivado modela por entero sus facciones mientras el caramelo edulcorado chapotea en su lengua. La joven de los tacones de aguja celebra hondamente enternecida la pueril satisfacción de la criatura. El convoy inicia la marcha con un fuerte tirón y el caramelo rueda peligrosamente rumbo a la garganta del bebé, en donde se tambalea con un equilibrio escalofriante entre la campanilla y el profundo orificio de la tráquea. Siento que un encrespado cable de metal se tensa entre mi nuca y mi ombligo. El vagón nos obsequia otra sacudida impune y puedo ver el caramelo dando giros, levitando como un planeta tóxico, suspendido milagrosamente dentro el terso abismo de la boca infantil. Una oleada de adrenalina estalla en mis oídos y me arrastra a imaginar lo que está a punto de suceder: la gruesa masa del caramelo obstruyendo la tráquea del inocente, sus ojos desorbitados, sinuosos orines acres fluyendo entre sus

muslitos cubiertos de pelusa, un azul violáceo atornillando sus sienes, el oxígeno huyendo de unos manotazos inútiles y cada vez más frenéticos. Pero la diminuta lengua ha trasladado el caramelo hacia el frente del paladar, obligándolo a navegar de nuevo entre las complacidas encías adoloridas. El fuego en mi estómago se aviva. El cable de metal que recorre mi espalda se tensa más. El convoy avanza a trompicones y estoy convencido de que en cualquier momento se cristalizará mi presentimiento, solo es cuestión de un frenón cortesía del conductor. Cruzo una apuesta en mi mente: tres a uno a que el caramelo de fresa cumplirá su misión asfixiante antes de que mi mujer y yo lleguemos a nuestro destino. Los vagones contribuyen con un par de vigorosos estremecimientos y las apuestas se doblan seis a uno a mi favor, no puedo perder. Hipnotizado, incapaz de apartar mi mirada rasposa de esa boquita chupando chupando chupando chupando neones empotrados a lo largo de las paredes del túnel barriéndose en centelleantes fogonazos papilas infantiles exprimiendo el avasallador sabor sintético chupando tornados de aire viciado radiando ruidosos desde los ventiladores del vagón otra sacudida seca nueve a uno nueve a uno chupando chupando sudor untuoso sobre los pasamanos boquita persistente en su arriesgado apetito diez a uno diez a uno cabellera colgante de mi mujer barriendo la suciedad del piso caramelo rebotando al borde al filo voy a ganar voy a ganar ya casi cae ya casi tengo que ganar zumbido electrónico de las puertas cerrándose abriéndose chirriantes lengüita golosa practicando giros inexplicables quince a uno muela de mi mujer transmitiendo su absceso rabioso estaciones sucediéndose como vértigo progresivo fatalidad aturdida por saliva vehemente no puede ser veinte a uno veinte a uno ahora sí ya va a sumergirse el caramelo voy a ganar voy a ganar alarido electrónico reverberando siempre a punto de lograrlo veinte a uno cable de metal acalambrado mordisqueando las entrañas por qué no cae

por qué no cae próxima estación reflejándose sobre la superficie amarilla del bolso charol que se abomba crece se inflama una pupila viscosa en donde nos alargamos nos retorremos absurdos en una imagen deforme espejo gelatinoso hocico desdentado que nos succiona incesante cable de metal tenso a punto de reventar algunos ya están poniéndose de pie nos detenemos otra vez imposible el caramelo sigue sobre la lengua. Desilusionado y confuso, observo al anciano y su calzado apergaminado descender sobre el andén, las puertas se cierran y como recuerdo solo dejan un manchón rencoroso y una bocanada de su aliento a naftalina. Mi mujer apenas se endereza para rogarme con ojos de interrogación. Con una señal le contesto que bajaremos en la próxima parada. Su mejilla adolorida parece tranquilizarse, después vuelve a hundirse en sus rodillas mientras rodamos a toda velocidad. Mis probabilidades de ganar se van reduciendo conforme giran las llantas. El bebé hace entrar y salir el caramelo entre sus labios con un dominio que raya en el descaro. De cuando en cuando lame sus manitas, cubriéndolas con una secreción colorada y pegajosa, al tiempo que la señorita tacones de aguja le dedica una serie de mohines francamente embarazosos. La nariz del metro va entrando a la estación y me resigno a solventar las pérdidas de una apuesta precipitada. Artero, el convoy nos sorprende con un frenazo salvaje. Los dedos que me sujetan al pasamanos se abren lanzándome a la violencia de la inercia. Los tubos de luz del vagón se encienden y apagan iluminando por momentos a los pasajeros que ruedan por el suelo. Veo mi silueta intermitente estrellándose contra el cristal de la puerta. Títeres dislocados, entre exclamaciones y quejidos, marionetas sobresaltadas. El convoy suena como una larga columna descoyuntándose. Un crujido turbio va expandiéndose entre los humeantes neumáticos. Sospecho una depresión suicida dando tumbos entre las vías. Siento que trepidamos sobre una montaña rusa de vértebras. Siento las astillas

estallando allá abajo. Mi mujer gatea, esquivando bultos y sombras para llegar a mi lado. Su avance parece lentísimo por el efecto estroboscópico de los neones parpadeantes. Desde los andenes, los usuarios atestiguan el caos que se desarrolla en el interior de los vagones. La mayoría trata de distinguir los restos de ese cuerpo entre las vías. Una mamá pálida cubre apresuradamente los ojos de sus niños para impedirles la visión, pero ellos insisten en atisbar a través de los dedos. Abrazo a mi mujer, una hebra de estambre se ha enredado en sus tobillos. Busco el otro extremo y descubro un nudo de gentes que se agolpan alarmadas alrededor de la señora tejedora, me parece distinguir fugazmente su semblante atenazado por la angustia. En el andén, una adolescente pasmada se pellizca el acné sin dejar de observar fijamente bajo las ruedas. Su novio, conteniendo las ganas de vomitar, la jala del brazo para alejarse. Un elemento de seguridad ladra sin parar por el radiotransmisor. A través de unas caderas y un codo me parece reconocer la figura del bebé, su ropón babeado. Hay gente moviéndose a su alrededor y creo ver a alguien poniéndolo boca abajo. Llorando, la joven de los tacones de aguja ordena darle unas palmadas en la espalda. Los altavoces del vagón rugen una estática incomprensible. Todos somos irreales en esta intermitente luminosidad fantasmal. Las canas de la señora tejedora se erizan, en su pecho comienza a gestarse un alarido. Refuerzos de vigilancia con corbata y gafas polarizadas tratan de dispersar a los curiosos. Un chamaquito de secundaria se desmaya sobre la línea amarilla de seguridad, sus cuadernos revolotean azuzados por los extractores del túnel. Una mano no identificada se apodera con prontitud del teléfono celular que cayó a su lado. No hay manera de saber con precisión, más pasajeros se arremolinan en torno al bebe, estremecen los alaridos destemplados de la señora canosa. Histérica, la joven del bolso de charol corre por el pasillo. La bola de estambre la hace dar un traspié, pero sus tacones de

aguja la desintegran en el acto. Sus largas uñas nacaradas combinan armoniosamente con el rojo deslavado de la palanca de emergencia que acciona repetidas veces, con furor. Los empaques de goma de las puertas ondulan titubeantes, las hojas se abren indecisas dejando a duras penas un pequeño escape. Arrastro a mi mujer hacia la rendija, emite un lamento cuando las hojas de aluminio comienzan a cerrarse presionando su quijada. Jalo con fuerza. Logramos escapar. Casi chocamos de frente con un racimo de colegialas que videa todo con sus teléfonos. Mi mujer se deja llevar como un paquete. Por la escalera descenden arroyos cochambrosos cargados de basura. Subimos los peldaños cuidándonos de no resbalar. La gente entra a la estación a zancadas, protegiéndose con paraguas y capas de plástico, escurriendo. Abajo se prolonga el eco de varios gritos aislados. Una bóveda encapotada nos recibe afuera. Un rayo esquelético se resquebraja entre las nubes negras, sobre lo más alto de los edificios. Mi mujer relincha. Una ternura apacible dirige mis labios. Rozo apenas su mejilla abotagada. La lluvia crece y tenemos que andar de prisa. Hace frío. Allá, un relámpago dispara su platino contra la vitrina del consultorio dental que por suerte sigue en pie. Le pido al cielo que el dentista esté sobrio, ruego para que siga siendo rápido y barato.